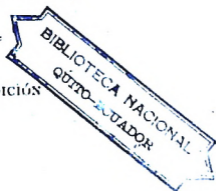


# RODÓ

(MOTIVOS DE PROTEO)

SEGUNDA EDICIÓN



QUITO-ECUADOR

—  
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

—  
MCMXIII

1913

de propiedad de la biblioteca  
de la Casa de la Cultura  
es donada por la

FLAR  
00082

**BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO - ECUADOR**

**COLECCION GENERAL**

Nº 240705 AÑO 2009

PRECIO \_\_\_\_\_ DONACION \_\_\_\_\_

Ficha # 14.482

**BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO - ECUADOR**

**COLECCION GENERAL**

Nº 0267 AÑO 1986

PRECIO \_\_\_\_\_ DONACION \_\_\_\_\_

## RODÓ

## (MOTIVOS DE PROTEO)

Corría el año de 1903 cuando recibí, con amable dedicatoria de su autor, Ariel, manjar nuevo, exquisiteces no paladeadas aún en tierra ecuatoriana. Inmediatamente hice saborear a mi compañero del *Círculo de Instrucción Libre*, Gonzalo Zaldumbide, el educador libro, y de él brotó, meses después, el magnífico discurso del mismo nombre: *Ariel*, pronunciado en el paraninfo de la Universidad por el entonces crítico en embrión, que más tarde estudiaría profunda y galanamente a Henri Barbusse y Gabriel d'Annunzio (1). Y al dedicarme Gonzalo su simpática labor, me decía ingenuamente: "Querido amigo: la honorabilidad con que Ud. se dignó prestarme el precioso libro de Rodó, obliga mi gratitud,

(1) "Y en medio del amable silencio con que tácitamente pro vetéis escucharme, parece me que secretas voces alentadoras vienen a mí desde vosotros y murmuran a mi oído: hablad, que palabras de entusiasmo y de franqueza llegan vibrando misteriosamente al fondo de toda alma juvenil.—Entusiasmo y esperanza!—Palabras que acuerdan a mi mente de cierta plástica íntima, fresca de alientos juveniles, generosa de nobles estímulos, que, ha largo tiempo, suelo oír de los invisibles labios de *Ariel*, de ese alado espíritu de luz que inspiró las páginas del libro de un profundo y genial pensador: de Rodó; palabras que me atraen, con sugestivo encanto, a hablarnos de lo que él habla. Nobleza me obliga, pues, a rendir,—como tributo de admiración agradecida,—el homenaje de declararme, en la solemnidad de esta ocasión, como *portavoz* de aquel desconocido, lejano Maestro y Amigo que, en hora para mí dichosa, llegó a sembrar en mi mente el germen de todas sus nobles idealidades".  
—De *Ariel*—Discurso pronunciado por Gonzalo Zaldumbide en la Distribución de Premios de la Universidad Central del Ecuador, verificada al fin del año escolar de 1902-1903.—Edición oficial.—Quito.—Imprenta de la Universidad Central. 1903.

pues sin aquélla, estas páginas no habrían sido escritas. El recuerdo de su buena amistad está, pues, ligado a ellas, y al dedicarle muy especialmente este primer ejemplar, lo hago como prueba de mi muy vivo agradecimiento. —Gonzalo Zaldumbide." Y desde entonces, conserva cómo oro en paño el ejemplar que lo llevó a Europa. Tan ignorada era la obra de Rodó, que cuando escribí en una revista guayaquileña la palabra, que, como emblema del ideal, se contraponía a Calibán, cierto crítico incipiente preguntóme *qué cosa era Ariel*. Tuve que explicarle piadosamente por la prensa.

Había leído de Rodó el magnífico prólogo, revolucionario. En su género, con que el de la sutil literatura de ideas y de sentimientos presentaba a Darío en *Prosas Profanas*, haciendo más por esas extrañas poesías de sibarítico sabor que todas las propagandas de los clarines editoriales. Y tuvo la genialidad de ni siquiera firmar el prólogo; pero no podía Rodó viajar de incógnito por el mundo de las letras: su diáfana prosa lo delataba.

Después de *Ariel*, mi viejo amigo uruguayo me anunciaba el envío de *Liberatismo y Jacobinismo* y, por último, no ha mucho, llegóme, como reencargo, *Motivos de Proteo*.

De él voy a transmitir las ideas que se me agolpan. Su lectura es sugestiva. Convida a meditar. Sería inmenso, interminable lo que no pudiera decir de esta obra inquisitiva, inagotable como el mar, llena de cambiantes como él, de bellísimos paisajes y a veces de aguas tristes y dormidas, de tanto cavar en el problema del vivir, de tanto filosofar en el flujo y reflujo de la existencia, en su eternal devenir, "abierto sobre una perspectiva indefinida".

Rodó es el tipo del intelectual. Y aquí conviene fijar el concepto de lo que yo entiendo por intelectual. No lo es el hombre de alma bronca que alguna vez pare dolorosamente algún horrible foto literario, sea en prosa, sea en verso, y se queda años de años en el silencio, como curándose las heridas y los esfuerzos de su aborto; no lo es quien se las da de

periodista por cuatro abominables editoriales de casera política que cojean por su forma y por su fondo; no lo es la gente intonsa que nada sabe del movimiento pensador moderno, por más que figure al frente de casas de educación; no es el que alguna vez escribe movido por las circunstancias, en un estilo anquilosado, enmohecido por la falta de soltura y de costumbre, porque entonces todo fiel cristiano sería intelectual. Aquí, en este nido chico que se llama Ecuador, se ha vulgarizado tanto el término, se lo ha aplebeyado tanto, se ha condecorado con él a burgueses literarios y hasta a analfabetos, que ya casi se lo toma en sentido de mofa, despreciativamente. Intelectual es el que enseña a la juventud, el que pone cátedras de arte, el que vive en actividad literaria, el que en el libro, en la tribuna y en el periódico rinde culto a la gaya literatura, en una palabra, el portaestandarte de la belleza, el nervio pensador que participa a todos su sabiduría y energía, el infatigable educador de multitudes. Así es Rodó. Recuérdense sus palabras de Ariel, sus fervientes polémicas, sus hermosos discursos, pleróicos de doctrina (1). En ciudades medioevales, madrigue-

(1) Rodó ha sido Presidente del "Círculo de la Prensa" en Montevideo. Con motivo de la terminación de su período, el Círculo le agasajó con un banquete, en el que Rodó, en soberbio discurso de contestación, dijo, entre otras cosas: "Todo lo que interesa a la prensa interesa esencialmente a la sociedad, y no cómo puede interesarle una actividad parcial, confundida entre sus actividades múltiples, sino más bien como un complemento o una prolongación de todas ellas: como un "alter ego" de la personalidad social. Así como el genio de Gutenberg, si volviera al mundo, habría de maravillarse y de desconocer su propio invento si se le presentaran como derivados de él esos portentosos organismos mecánicos en que la imprenta moderna parece infundir el soplo de la vida, creando monstruos inteligentes, dotados de la fuerza y agilidad de los que imaginó la fábula, así también los que, hace apenas dos siglos, lanzaron tímidamente los primeros "Mercurios" y "Gacetas" que encerraban el germen de lo que debía ser la prensa periódica, se asombrarían hasta el estupor, de la transformación prodigiosa que ha hecho del diario contemporáneo una de las fuerzas que dominan el mundo: una fuerza que rivaliza con los gobiernos, porque los inspira o los

ra de egoísmo; en aldeas, ratonera de odios y envidias, son intelectuales baratos—elevados por el adulo y por la fangosa ola-política—casi todos; el verdadero intelectual es allí como leproso, cual excomulgado: se le aparta, se le maldice, se le silencia, ni más ni menos como la plebe de levita que pisa ¡ay! universidades hacia con Montalvo, con Ortega. “El intelectual de los grandes centros de población, decía el malogrado Jesús Castellanos, es un hombre que reparte lo mayor y mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas, pero se distingue especialmente por su apostolado perenne o indirecto, escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando a las *enquetes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección. Lo que aquí llamamos intelectual—seguramente por causas económicas en gran parte,—es la mitad brillante de un abogado o médico que de vez en cuando tiene tiempo de leer un volumen y pierde de leer cuarenta que esperan vano en su biblioteca; la nostalgia de un profesional que anda siempre a plaito con las horas de su

---

orienta, o los desprestigia y los abate: que compite con el libro, porque difunde, en formas democráticas y accesibles a todos, los resultados de la cultura humana; que sustituye a la tribuna, aventajando al Agora y el Foro, de los antiguos tiempos, como centro de deliberación y de acción efíca; que complementa la obra del ferrocarril y del telégrafo en la aproximación y el conocimiento mutuo de los pueblos; que renueva, con la formidable palanca del anuncio, las energías del comercio y de la industria; que con los modernos medios económicos de reproducción gráfica, populariza las creaciones del arte, antes reservadas en el santuario de los museos y de las galerías de los ricos, institución compleja y enorme, que participa de la plaza pública, de la catedral y del club, del correo y del mercado, y que constituye en sí misma la más exacta imagen, la más característica expresión de la vida moderna, a tal punto, que si la civilización moderna quisiera levantar una bandera que fiel y enteramente la simbolizase, no podría escogerla mejor que enarbolando como bandera las dos hojas desplegadas de un diario, y haciendo del vendedor de diarios el abanderado plebeyo de sus ejércitos en marcha.”

reloj, sin que ninguna le quede para vivir espiritualmente un poco con su pueblo; pálido cuarto menguante de una luna que no tarda mucho en desaparecer.....”

*Motivos de Proteo* es obra de un legítimo intelectual, de un sembrador de ideas y de semillas de arte, frescas y prometedoras, que antes de la prolífica cosecha, canta el himno de los vendimiadores del espíritu: “reformarse es vivir!”

El tiempo pasa c6lore: nosotros no sabemos sentir todos los milagros de esta transformaci6n, de este viaje inacabable. . . “Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesi6n de impulsos r6tmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado”. (1)

El consuelo que debieron sentir los ascetas del siglo XVI al meditar sobre el libro de altas ternuras *La Imitaci6n de Cristo*, experimento al ponerme de codos sobre el escritorio en que est6 abierto el *Proteo*, llam6ndome a la vida, a la reforma, a la espiritualidad, a la conciencia de mis actos, libro del negro pesimismo que, endiosando a la muerte por cansancio, fracasado se derrota del peregrinaje mundanal. La ciencia se puede fingir, pero no la elocuencia, decia Quintiliano, ni el sentimiento agrego. Y aqu6l es libro pleno de elocuencia y de saludable sentimentalismo, no del afeminado, sino del viril y capaz de las grandes resoluciones, del que, como voz de amigo, nos inclina al sendero justo, del que despierta vocaciones, despu6s que se desfloraron los primeros ideales y fueron cayendo las primeras glorias, para dar paso a lo estable. “No se me oculta a m6 cuanto seduce el ansia de la primera gloria, cu6nto es dulce el triunfo en un primer combate”. (2) Pero hay otras ba-

(1) Rod6—*Motivos de Proteo*.

(2) *Haud ignarus eram, quantum nova gloria in armis, et prae dulce decus primo certamine posset* —Virgilio. —*Encida* (Lib XI).

tallas y otras alegrías a lo largo del camino de la existencia, a medida que nos empeñamos en darnos cuenta de ella y de aprovecharla. "Cuánto más cierto no es pensar que, así como del campo de batalla se salo a otra más recia y difícil que es la vida, así también las puertas de la escuela se abren a otra mayor y más ardua que es el mundo! Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento." (1)

Al pensar en esto, de idea en idea, con amonidad y ahondamiento, las páginas de *Proteo* van tomando, como los horizontes marinos, aspectos encantadores, perspectivas que cambian a medida que la nave vuela en pos de las costas de la esperanza, de un mañana lleno de felices consecuciones, fruto de la firme resolución que en la diaria jornada tomamos, sin desesperarnos por lo que atrás quedó, aunque su ausencia nos entristezca, a manera de aquel otro "que se aleja de ideas o afecciones que tuvo, por pasos lentos y graduados, como quien asiste, desde el barco que parte, al espectáculo de la orilla, y lo ve desvanecerse en el horizonte del tiempo sólo con tranquila tristeza, y aun quizá, con delectación melancólica."

La filosofía, apacible como caricia del maestro amigo, musita afectuosamente por el libro de Rodó; pero no aquella filosofía estrecha, que se contorsiona y deforma por no salirse del marco del sistema; más que filosofía —en la austeridad de la palabra— hay un soplo de ella que va a vivificar a los espíritus, a sugerirles nobles pensamientos, libres de mótodos, de abstrusas disquisiciones, de graves tesis proñadas de interrogantes.

No la intransigencia de escuela ni el coñirse estrechamente al texto, a la doctrina de autor determinado, singular,—filosofía de los moralistas de pacotilla que siempre deseché—hallo en *Proteo*, sino fina psicología, galas del análisis progresivo, retornelo del avia interior,

1) Rodó.—Motivos de *Proteo*.

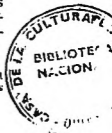


tojer y destejer de la conciencia, sutiles contemplaciones, convite a la reflexión, convite amable, elegante, pudiera decir *chic*, si la palabra no se tomara también con algo de frivolidad en el buen gusto moderno, llevo de falsas y de extravagancias.

„Difunde literatura de ideas y moral humana,—sin rigorismos ni anatemas al vicioso,—el artista uruguayo, de cálido verbo y de sana fantasía, tras de los que murmura la lección dulce, con dulzura del compañero cariñoso y verídico, el ejemplo inolvidable, la parábola que sacude a las almas, como una corriente de voluntad que las remoja para su próximo perfeccionamiento. Esta tendencia de reparación espiritual y de sinceridad necesitamos hoy, en medio de la atrofia literaria que nos mata, cuando las flores narcóticas de lo que quieron que sea poesía envenena la sangre juvenil, cuando tanta hojarasca sonora pasa por canción, siendo tan sólo la basura y la garrulería de los mejores jardines; cuando los versos quejumbrosos y el pesimismo cobardo suspiran por el suicidio y la morfina.

¡Literatura de ideas! ¡Hasta cuándo el endiosamiento a lo que es producto volátil de los ensueños del éter, deslumbramientos del delirio morfinol, pálidas flores de las *noches de oro*, en las que oficia el vicio, la extravagancia, la futilidad, la incoherencia y el hastío! ¡Qué fama literaria alcanzarán con estos estimulantes de botica y de refinamiento los geniecillos que la moda agiganta momentáneamente! Afeminamiento no conduce a la inmortalidad. Los profesores de energía como Rodó—en la virilidad de sus 40 años—son atletas mentales y físicos, en medio del tráfago y desgasto de la existencia. Esto mismo es lo que Júpiter, padre de los dioses, decía amigablemente a sus hijos: “A cada uno le están señalados sus días, brozo o irreparable es para todos el plazo de la vida; pero alcanzar con grandes hechos fama duradera, obra es del valor”. (1)

[1] Tum Genitor natura dictis adfatur amicis. Stat sua cuique dies; breve et irreparabile tempus omnibus



No la alcancemos forzando la máquina, haciendo lo que Guy de Maupassant, que de tantas drogas estimuladoras paró en la locura.

El pueblo limitado, la oscura calleja, la oficina reducida, el aula angosta entonebrece el cerebro: ideas pigmeas, críticas de camarilla, cerradas como un puño, miras mezquinas, criterios apocados, he aquí el resultado de esa familiaridad de visión, de ese círculo mínimo en que se discurre, de ese cansancio de paisaje aprisionado en marco microscópico. Estos visionarios de celda o desván, caen de su burro, y ya se imaginan genios. Milagros así sólo se hicieron para Nietzsche (1). Los viajes añujan nuestras creencias, vuelven la miopía intelectual en presbicia, facilitan los estudios comparativos, nos regalan uno como don de gentes. Quien conoce el mar, su movediza e infinita llanura, da entrada a su alma a lo grande: salen de ella las ruindades de sacristía, las fronteras del odio y de la selección ridícula, los estrechamientos del rincón en que se nació para ver noche y día el mismo pedazo de cielo. Los viajes onseñan y pulen: el murciélago metamorfoséase en águila caudal. "Yo oí muchas voces a Webb, dico Berthelot, recitar cantos enteros de Homero y de Virgilio, odas de Horacio y poesías de Anacreonte. Pero estos conocimientos no los había adquirido solamente en las aulas: los viajes habían sido para Webb rica fuente de observaciones y estudios. . . ." (2). Rodó, sentencioso amable, sienta este aforismo: "La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse". Los augustos creedores que de

---

est vitae: sed famam extendere factis, hoc virtutis opus —Virgilio.—Éneida [Lib. X]

[1] Es reciente la historia del atormentado filósofo alemán: de Federico Nietzsche se cuenta, que no siendo ágil caballero, cayóse en alguna ocasión de la bestia que montara; recibió fuerte traumatismo en el cráneo, que le impidió continuar en sus andanzas bélicas. Y desde entonces, se dice que floreció en su cerebro el jardín maravilloso de sus obras. . . . "Diego Carbonell.

[2] Souvenirs Intimes.

la nada saean soles, los que imprimen luminoso sello a su época, los que civilizan al rebaño humanal, los pastores de multitudes, todos han viajado. Moisés, saliendo del Egipto, atravesó el Mar Rojo y fué a ubérrimas tierras prometidas; Homero anduvo por las comarcas del Asia Menor; Lucrecio partió de Atenas a empaparse en la filosofía de Epicuro; Virgilio no se quedó en el minúsculo Arde; Dante abandonó su Florencia, madrastra más que madre; Tasso fue de aquí para allá: de Sorrento a Nápoles, de Nápoles a Mantua, de Mantua a Roma, de allí a Padua, de Padua a Ferrara, de Ferrara a la capital de Francia; Ariosto, que ardía de entusiasmo por los estudios geográficos, va a los Apenninos, pasa el Adriático y el Po; Klopstock desde Quodlimbourg a Zurich, a Copenhague, a Hamburgo; Cervantes a Roma, a Argel, a Mesina, a Grecia, a Sevilla; Colón a mundos ignorados; Camoens al Africa tenebrosa; Magallanes marca un periplo audaz y único en la tierra, viendo "precipicios vertiginosos, cumbres de nieve, aguas negras y hondas en que todo era alucinación y pesadilla;" [1] Milton, Montesquieu, Goethe, Richter, Tieck, Buffon, Voltaire, Renán todos han salido lejos. Los que se han quedado en casa participan de la cortedad del paisaje, del restringimiento de ideas que no pasan de la vecindad, de la miseria de los juicios, egoístas como el hogar; de las preferencias interesadas como la conservación del destinillo, del amañamiento local, de la atmósfera confinada. En las poesías de Hesíodo se advierte cierto tinte sombrío, porque el codicioso didáctico no se movió de su fea, lloviosa y malsana aldea de Asera. "Nunca he atravesado en un bajel el ancho mar, dice, sino para pasar de Aulis a Eubea." Los modernos sabrosos cronistas, los sociólogos,

[4] "Desde el punto de vista científico, el viaje del heroico lusitano al rededor del mundo —reputado como la más asombrosa hazaña marítima de todos los tiempos— disipó los errores geográficos en que se fundaban las conjeturas de Colón".—Emilio Botadilla.—Viajando por España.

los críticos vigorosos, los novelistas, todos han viajado: Ferri, Anatole France, Altamira, Blasco Ibáñez, Maetzu, Bonabux, Julián Viud, Emilio Bobadilla, Gómez Carrillo, Blanco Fombona, Paul Adam, Ambrogi, Brunos Mesen, Picón—Febres, Planas Suárez, para no citar una legión.

¡Qué diferencia de amplitud, generalidad de asimilación, concepto de la belleza y espíritu de cosmopolitismo en Montalvo, en Proaño, en Llona, en Valverde que viajaron! Compáreseles con los que no se movieron de la tierra como Quintiliano Sánchez, Modesto Espinosa, Abelardo Moncayo, Manuel J. Calle . . . . .

Los grandes libros, biblias humanas, desde la *Iliada* y la *Odisca* hasta el que educó el carácter del pueblo inglés, el de Daniel De Foe, todos tratan de viajes, inclusive el viaje simbólico por el infierno, el purgatorio y el paraíso de la *Divina Comedia*. Quienes viajan *al rededor de su cuarto* son intolerantes, rencorosos, sanguinarios, como el ultramontano de Maistro.

Suddhista, Jesús, Mahoma, Lutero, creadores de religiones, maestros de sentimentalismo, amasadores del corazón, viajaron, como viajó Francisco de Asís. Cuenta la leyenda que Zoroastro no adquirió fama sino cuando, saliendo de su comarca, anduvo por la Baetria. Por todas partes han brotado los Robinsones: en Suiza, Rodolfo Wyss; en Alemania, Campe; en Francia, Julio Verne; porque "los viajes son escuela inexhausta de observación y de experiencia; museo donde nada falta; laboratorio cuya extensión y riqueza se miden por la superficie y contenido del mundo; y dicho esto huelga añadir en qué grado eminente importan a la cultura y el trabajo del pensamiento investigador".

Por los *Motivos de Protea* viaja el entendimiento y va desenvolviéndose y recorriendo los mundos del ideal y de la ética desinteresada. No es Rodó de los utilitaristas que fincan su felicidad en el libro de caja y en el mayor; que, ciegos ante las bellezas de la vida, no creen sino en la plenitud del vientre y de los

bolsillos, siguiendo una contabilidad rastrera, atesorando con labor de benedictinos, trabajando como negros para llenar la gabela de libras esterlinas o de acciones bancarias. Por encima de este logro ruín, de esta sordidez desesperante, se alza la cultura del espíritu, el mejoramiento idealizado de la vida, el ensueño magno que no se puede comprar con todo el oro del mundo. Infelices de los que se educaron en tan pobre escuela, rica solamente de material bienestar; infelices los que se imbuyeron en la doctrina del prosaico y metalizado profesor que todo lo convierte en partida doble, en cálculo, en razón numérica, sin dejar nada para el desprendimiento y el ideal santo, altruista. "El maestro que no se siente un apóstol con una importante misión humana, sino que mira su profesión docente como un simple medio de vida, debe buscar mejor otra ocupación; y lo mismo puede decirse de los miembros de todas las profesiones liberales. El médico y el abogado cuya labor tiene simplemente a enriquecerse y no a que prevalezcan el bien y la justicia, no tienen derecho a reclamar su lugar". [1] Yo he guardado siempre la más profunda lástima para aquellos obesos, para aquellos cerdos que se tienen por hombres prácticos: engordan desmedidamente y la grasa acaba por envolver su cerebro y corazón. ¡*Servum pecus!* Seres que, empezando por racionales, terminaron en bestias: sólo el instinto habla en ellos: el pensamiento es hijo muy costoso, lo práctico es economizar. ¡No pensemos! "Una potencia ideal, un numen interior; sentimiento, idea que florece en sentimiento; amor, fe, ambición noble, entusiasmo, polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros, tanto como por lo que valga el fin a que nos llevan [y en ocasiones más] por su virtud disciplinaria del alma; por su eficacia de gobierno y su eficacia educadora. Aunque una obra no aparezca, desenvuélvase exteriormente en acción, y muera encerrados dentro de sí."

[1] Tomás Davidson.



mismos, como un sueño, su obra es realísima y fecunda". [1] ¡Oh, encantos del pensamiento y de la soledad, de la noble aspiración y del retiro! Los que se engañan usurpándose el título de afortunados de la vida—fortuna en rebaños y sembríos—intenten explotar otras minas: las del espíritu; atesoren también en otra forma: en la del pensamiento; inunden también otros mercados: los del silencio y de la meditación. "So entra en la soledad como el león en el desierto: para ser señor de sí. En todas las crisis morales únicamente la soledad baña nuestro corazón en el agua lustral de la serena paz. Y la más tempestuosa crisis de la conciencia humana la trae consigo la aparición de la Conciencia Cósmica. Entonces, como a la hora de la invasión de un hondo y secreto amor, se corre en busca de la confidente soledad, de donde se vuelve con el alma vasta como un mar hormiguzante de naves cargadas con todos los tesoros de la tierra". [2]

Son otras tantas riquezas del ideal y de la vida interior. En los funerales de aquel santo de la acción llamado General Guillermo Booth, que realizó prodigios con su "Ejército de Salvación", del que era comandante en jefe, Leopoldo Lugones escribía desde Londres: "El ideal en acción... He aquí la definición de la verdadera vida. Estudiemos y rectifiquemos sin cesar la corriente que nos arrebató; pero allá donde sea necesario pasarla, todo punto es bueno con tal que lleve a al otra orilla. No nos convierta la crítica del propio elemento dinámico, o el pesimismo idealista de la contemplación ante el agua que marcha amenazando dejarnos siempre atrás, en lamido guijarro tirado por allá al solo objeto de reflejar inútilmente el sol sobre su peca mica. Perdamos las ilusiones, pero no la fe que es la corteza futura. Desengañémonos, pero no desesperemos; y puesto que la perfección es imposible según resulta de nuestra

[2] Rodó—Motivos de Proteo.

[1] Roberto Brenes Mesén.—El Canto de las horas.

propia crítica, asumamos con tonacidad viril el mejoramiento de la vida imperfecta". [1]

Tal es la poesía de la vida, su acción, su empuje racional, afecto que nos conmueve, virtud secreta que nos levanta a regiones más felices, sed de cosas indescriptibles, ansia de admirar, de crecer, de ser mejores, curiosidad de lo que no se puede comprender, deseos de trazar cuadros en constante retoque, misterios del lenguaje y del amor, flores del corazón, determinismos inexplicables. Las vocaciones se determinan por una casualidad, por un soplo espiritual, por una voz que nos llega no sabemos dónde. Lo mismo acontece con el amor, que pasa "rápido como el polen de una planta que arrasta el viento: cuando el amor arraiga en el corazón, como un árbol hecha raíces en el seno de la tierra, entonces no se lo puede atrancar si no se destroza el corazón al mismo tiempo". [2]

Algunas vocaciones son loterías sublimes: de males físicos, de fenómenos aislados, de minúsculas circunstancias dependen. La fantasía infantil de Jorge Sand creó un héroe: Corambé. Olvidóse después, en prematura crisis de devoción, de Corambé por Jesucristo; pero un jesuita le curó de lo que los místicos llamaban la locura de la cruz. Ligera disputa con su confesor la separó completamente de la Iglesia, cuenta Zola. Desde entonces, siguió siendo deísta, como lo fue el resto de su carrera; abrazó la religión de los poetas, los cuales adoran a Dios con independencia de los cultos externos. He aquí un cambio religioso hijo de causas pequeñas. En la vida de esta escritora, hay otro hecho que es imagen de ciertas vocaciones: la casualidad. La señora Dudevant se transformó en Jorge Sand por fortuito modo. Al insertar Delatouche en el *Figaro* la novela "Rosa y Blanca", compuesta en colaboración de Julio Sandeau, cortó la mitad del apellido de este autor. El libro

[1] Los funerales de un santo [Correspondencia a *La Nación* de Buenos Aires].

[2] E. Sienkiewicz — El Diluvio.

apareció como escrito por Julio Sand. Para conservar la misma forma cuando publicaba *Indiana*, aconsejó a la autora que se limitase a variar *Julio* por *Jorge*. Y desde entonces, la personalidad de la novelista es más conocida por su pseudónimo, nacido del acaso.

Juan Valera, en "Pepita Jiménez", refiere, cómo fue transformándose la vocación de aquel don Luis de Vargas que escribía cartas a su tío el Dean de la catedral. La casualidad hace que se rompa el inmeso arco de la vida: la curva sigue otra dirección o bruscamente se arranca. Si del fracaso no deducimos lecciones alentadoras, el naufragio se avecina. Imitemos al niño que cambia el ritmo, la música de su copa de cristal que el juncal golpea, como en la parábola de Rodó, en búcaro triunfal que se levanta en alto sobre las demás flores. "La filosofía es digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces". Tal don Quijote, de la tregua a su batallar caballeresco, sin quebrantar su juramento, va a la vida pastoril, sacando partido hasta de la interrupción de su ideal único. Son las reservas latentes: en cada espíritu, según la denomina el ilustre catedrático de Literatura de la Universidad de Montevideo.

Sebastián Kneipp, el campesino de Steinhilfried, entretiénese en su juventud en ayudar a su padre tejedor en el laborioso telar, labra después la tierra y por último conviértese en peón de albañil; pero su ideal no desmaya, su vocación: ser cura, en medio de su desesperante pobreza. La grave enfermedad que le sobreviene, resultado de su contracción al estudio, pone en sus manos por casualidad el opúsculo de Teodoro Hahn acerca de la curación por el agua. Deshauciado del médico, enflaquecido, anémico, mal de los pulmones, entrégase Kneipp con tal ardor a ensayar lo que leía, que no vacila en bañarse en el Danubio en pleno invierno. Y he aquí que



un detalle que pasaría inadvertido, y su enfermedad, convirtiéndolo en célebre hidrotérapico, que transforma la hiedra de Woerishofen en inmenso hospital para aliviar a centenares de dolientes. La línea de su vida, en vez de romperse, tomó otra dirección.

El niño Kropotkin, criado en la tiranía rusa, en el adulo imperial, adurmiéndose en las faldas de la zarina, aprende a amar a la humanidad y a luchar por sus libertades a causa de una escena común en el teatro de servidumbre y de terror de Nicolás I: el castigo a un esclavo. Su vocación, desde entonces, endereza el camino y se entrega al estudio, a la ciencia, a la defensa social, al apostolado, repartiendo su fortuna y renunciando a sus títulos de nobleza. Su juramento infantil, en causa la reforma de una vida, se sustrae al despótico medio ambiente y se reviste de energía sobrehumana. Gardiner refiere así el episodio del Kropotkin de ocho años: "Un día su padre se enfurece con los esclavos de su propia casa. Su ira se concentra en el pobre Makár, que desempeña los oficios de afinador de pianos y de segundo mayordomo. El padre del Príncipe escribe una carta y dice: "Que lloven a Makár con esta carta al puesto de policía y que le den cien palos". El terror se apodera del niño. Las lágrimas lo ahogan, y más tarde, cuando en un oscuro corredor de la casa se encuentra con Makár, que llega pálido y desahogado, el niño trata de besarlo la mano; Makár la aparta de sus labios: "Déjame; tú también, cuando crezcas, harás otro tanto". "No, jamás", exclama el niño. Y supo cumplir noblemente su promesa.

Podría citar mil casos raros o comentar los de Rodó, que darían para un libro. Pongo punto final a las disquisiciones en que quiero engolfarme, y paso a loar la forma de *Motivos de Protea*, llena de reminiscencias poéticas, de honradas y bellísimas parábolas, de extensa erudición artística, de cien decoraciones movidas por la magia de un lenguaje terso, hasta cuando se complica en cláusulas periódicas, en hábiles amplificaciones, vecinas del tasis.

Su estilo ameno, sugeridor de reflexiones, oportuno en sus viajes a la Grecia, pinta primorosos paisajes,—más vividos que la prosopopeya femenina de las comarcas para la recepción al victorioso Trajano,—que invaden el alma para alegrarla, para consolarla, para abrir sus puertas al mañana. Su estilo es música wagneriana: sin apartarse del *leit motiv*, trae variaciones y encantos de armonía, que reavivan las páginas anteriores, los capítulos que fueron, las escenas musicales que pasaron. Poesía anímica, deleite que no se define, lejos en ocasiones de las formas estrechas del verso y del pulimento académico, de las ceremonias de la rima y de las tradiciones retóricas, su frasear raudó, sus diálogos animados, sus visitas a genios y artistas, dan a la prosa de Rodó la fascinación de las orquestas, en medio de intencionales tautologías. Líneas que no están cortadas con igual medida plejan por esto de ser dulces? El iniciador de *Vida Nueva*, hable en prosa o verso, ¿no es poeta, no es humano siempre? ¿no le ha visitado el genio que, merced al talismán del sentimiento, vuelve amables las cosas? Prosa de himno la suya, que conmueve, que purifica, que canta al propósito de enmienda y a la voluntad que jamás duerme: es Leuconoo que representó a la tierra virgen y desconocida, soñada por Séneca, al espacio infinito, abierto siempre como la esperanza. Su libro es cual Ashavero que no descansa nunca, en perpetuo peregrinaje, dispuesto a nueva visión y nueva vida. Es el Proteo de la fábula, “el dios de las mil formas”, libre, inquieto, curioso, que no se deja encadenar; el de las renovaciones y metamorfosis: viejo profeta marino que, según Homero, residía cerca del Nilo, en la isla de Paros, y, según Virgilio, en la de los Cárpatos; cuidador infatigable del turbulento, del insaciable rebaño de Poseidón; sondeador del océano de las almas.

BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITTO-ECUADOR

Este libro es propiedad de la  
Biblioteca Nacional Eugenio Espejo  
Memoria de la Comisión de la Cultura  
Su venta es prohibida por la Ley

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo  
Calle Comercio 1001  
Quito, Ecuador  
Teléfono: 2251111

